

# UN MUNDO DESPLOMADO Y DEVENIDO CENIZA. VIOLENCIA Y TRAUMA EN LA EMERGENCIA Y RESOLUCIÓN DE LA “CUESTIÓN ALEMANA” EN LA EUROPA CENTRO-ORIENTAL (1945-1948)<sup>1</sup>

David Alegre Lorenz\*

Recibido: 22 Junio 2013 / Revisado: 27 Junio 2013 / Aceptado: 15 Julio 2013

Posiblemente, nadie ha expresado tan bien como Adam Zagajewski la inmensa tragedia humana que caracterizó el siglo XX y, más concretamente, el desplazamiento forzoso de millones de individuos en la inmediata posguerra mundial, episodios a los que Tony Judt se refirió en su día precisamente como *el legado de la guerra*.<sup>2</sup> Casi contemporáneos, Zagajewski y Judt fueron el resultado de algo tan familiar para los europeos del siglo XX como la inmigración. Sin embargo, mientras el futuro historiador británico veía por primera vez la luz en el esperanzado Londres de la posguerra, el escritor polaco nacía en una ciudad que nunca llegaría a conocer, y mucho menos tal y como la conocían sus padres y abuelos. En 1945, cuando éste apenas contaba cuatro meses de vida, la familia del pequeño Zagajewski fue expulsada de su hogar en Lviv –hoy Ucrania– a un futuro incierto en Gliwice –en la actualidad Polonia–, en la antiguamente disputada Alta Silesia. En virtud de los acuerdos interaliados se había aceptado que la Unión Soviética conservaría las fronteras obtenidas por medio del pacto germano-soviético, lo cual implicaba para Polonia la pérdida completa del *Kresy*, nombre con que eran conocidos sus vastos territorios orientales. Ahora, dado que la zona en cuestión era de gran interés estratégico para la Unión Soviética –por ahí

pasaban todas las comunicaciones con Praga y Berlín– la expulsión de los polacos se había convertido en una prioridad para las autoridades soviéticas, precisamente con el fin de garantizar la seguridad interna en los nuevos territorios. Más de un millón de polacos fueron expulsados de sus hogares entre 1944 y 1946, entre ellos Zagajewski y su familia, lo cual puso en marcha una reacción en cadena que hizo posible que familias enteras pudieran ser reubicadas en territorios que hasta entonces habían pertenecido al Reich. Para compensar a Polonia por sus pérdidas y hacer sitio al gran aluvión de refugiados polacos procedentes del este y el machacado centro del país se acordó que varios millones de alemanes de Prusia oriental, Dantzig, Pomerania y Silesia debían ser expulsados a las zonas alemanas administradas por los aliados. De un modo un tanto irónico, los nuevos territorios fueron denominados por el estado polaco como *Ziemie Odzyskane*, literalmente, Territorios Recuperados.<sup>3</sup> Al fin y al cabo, uno de los pasos para la transformación de la realidad pasa por la apropiación de ésta a través del lenguaje. De hecho, hay que pensar que las ciudades de Europa centro-oriental habían respondido a diferentes nombres a lo largo de su historia, de acuerdo con el sentimiento y la lengua de las antaño diversas comuni-

\* Universitat Autònoma de Barcelona. E-mail: david.alegre.lorenz@gmail.com.

<sup>1</sup> La inspiración para el título procede de Jirgl, R., *Los inacabados*. Barcelona, Edicions Còmplices, 2011 [2003], 44, interesante obra literaria centrada en la expulsión de tres mujeres –abuela, madre e hija– naturales de los Sudetes y las dificultades de su adaptación a la nueva sociedad alemana de posguerra.

<sup>2</sup> Judt, T., “The Legacy of War”, en id., *Postwar. A History of Europe since 1945*. Nueva York, Penguin Books, 2006, 13-40.

<sup>3</sup> Los principales expertos en la materia coinciden en una cifra que se sitúa en torno a 1.200.000 polacos expulsados del *Kresy*. Statiev, A., *The Soviet Counterinsurgency in the Western Borderlands*. Nueva York, Cambridge University Press, 2010, 182.

dades étnicas que las habitaban o vivían en sus alrededores. En cierto sentido, la identidad siempre había sido algo extremadamente líquido en aquella vasta y siempre indeterminada zona del continente.<sup>4</sup> No obstante, en virtud de la reordenación de las fronteras europeas, desde 1945 Lwów y Gleiwitz serían nombres proscritos en Lviv y Gliwice, nombres vacíos en cualquier caso que pertenecerían al reino de la memoria de sus antiguos habitantes, empujados a la fuerza a recomenzar sus vidas en mundos extraños y, a menudo, hostiles. Pues bien, Zagajewski reflexionaba del siguiente modo lamentándose:

“[...] ¿Han observado que nosotros hemos dejado de existir, nosotros en tanto que focos de voluntad y de pensamientos, cristales de aumento del destino individual?

Sólo queda la historia, que nos llena, nos alquila, nos destruye y nos determina hasta el último detalle. [...]

[...]: somos *seres históricos*. [...], siempre tenemos de quien vengarnos o a quien salvar, y si ocurre que cometemos un error o un crimen, la imaginación histórica nos hace de abogado. No he sido yo, ha sido la época, decimos. Todos hacían lo mismo, decimos, y la imaginación histórica es nuestro apuntador”.<sup>5</sup>

Fue el nacionalsocialismo el que llevó al paroxismo la figura del ser histórico, un nuevo hombre con poder sobre la vida y la muerte, capaz de construir su propio destino y sobreponerse a la impotencia a través de la pertenencia a la comunidad. Sin embargo, también fue el nacionalsocialismo el agente histórico que expuso a propios y extraños a la más absoluta desnudez, sometiéndolos a un estado de excepción permanente, sumiéndolos en una realidad en constante proceso de transformación a manos de fuerzas que escapaban por completo al alcance del individuo y que, muchas veces, él mismo había contribuido a desatar con sus propios actos y elecciones individuales. La irrupción de la modernidad y la guerra total plantearon radicales

disyuntivas a los individuos, obligados a definirse en un periodo de intensa polarización e intromisiones indeseadas en sus vidas. Las decisiones tomadas en materia de identidad durante el conflicto y la ocupación a menudo resultaron decisivas, porque las obsesiones homogeneizadoras del nacionalsocialismo convirtieron forzosamente la cuestión racial en el problema por antonomasia, aquél que más urgía resolver. En última instancia, la guerra había alumbrado y puesto en marcha vías radicales para su definitiva resolución. Sus particulares implicaciones a nivel comunitario hicieron que el problema étnico-nacional se enquistara y complejizara a nivel individual, local y regional, algo que se puso de manifiesto en la inmediata posguerra. Este llegó a convertirse en una cuestión de estado en los países de Europa centro-oriental que recuperaron su soberanía tras la guerra y, por tanto, en parte central de la agenda política de la mayor parte de los partidos y líderes del momento. De modo que, salta a la vista que las políticas del Tercer Reich tuvieron consecuencias de largo alcance en la historia europea y, muy singularmente, en los inicios de la segunda posguerra mundial.

En este sentido, hace ya seis años, Enzo Traverso publicó *À feu et à sang*, un trabajo que desde entonces se ha convertido en un importante referente historiográfico.<sup>6</sup> Precisamente, lo que el historiador italiano proponía era la recuperación del concepto de *guerra civil europea* como punto de partida y encuentro para el análisis y explicación de los procesos y dinámicas que marcaron la realidad del Viejo Continente durante los treinta años comprendidos entre 1914 y 1945. Para ello, se amparaba en las evidentes continuidades, transferencias y paralelismos que se observan a lo largo y ancho de Europa en cuestiones esenciales para la vida en comunidad como serían las culturas políticas, las cuestiones sociales, los conflictos de clases o el clima intelectual de la época, teniendo un lugar central en todo ello la violencia y el trauma, que caracterizaron y acompañaron las experiencias de aquellas convulsas décadas. Como suele ocurrir de

<sup>4</sup> Hasta qué punto el nacionalsocialismo supuso un punto de no retorno lo ha demostrado para el caso de Bohemia y Moravia Bryant, C., “Either German or Czech: Fixing Nationality in Bohemia and Moravia, 1939-1946”, *Slavic Review*, Vol. 61, 4 (2002), 683-706.

<sup>5</sup> Zagajewski, A., “La imaginación histórica”, en id., *Dos ciudades*. Barcelona, Acontilado, 2006, 277-278. La cursiva es añadida.

<sup>6</sup> Traverso, E., *À feu et à sang. De la guerre civile européenne 1914-1945*. Paris, Éditions Stock, 2007. De aquí en adelante citaremos la edición en castellano, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*. València, Publicacions de la Universitat de València, 2009.

forma inevitable en obras de este tipo con una perspectiva más amplia y una clara voluntad comparativa, su verdadero valor historiográfico reside claramente en su alcance como propuesta interpretativa. Concretamente, la obra de Enzo Traverso vino a plantearnos una reflexión que, de algún modo, estaba en el aire de la comunidad historiográfica desde hacía tiempo pero que en su caso tuvo la notable virtud de alumbrar un nuevo camino extremadamente prolífico para futuros análisis.<sup>7</sup>

Desde nuestro punto de vista, parece necesario llevar a cabo una precisión a nivel cronológico que dé cabida dentro del concepto de *guerra civil europea* a hechos fundamentales que se dilatan más allá del año 1945 y que, por lo demás, encuentran su razón de ser en el periodo que va de 1914 al final de la Segunda Guerra Mundial. El ejemplo más evidente es el fenómeno que nos ocupa en este artículo: las limpiezas étnicas de diversas comunidades humanas en un inmenso escenario que iría del Golfo de Finlandia a orillas del Adriático y el Egeo, entre las cuales se registran las de casi 12 millones de alemanes y *Volksdeutsche* llegados al Reich entre 1945 y 1950 desde los más dispares lugares de la mitad centro-oriental del continente<sup>8</sup>. De algún modo, la cronología siempre constituye un asunto que no por necesario resulta menos complejo en las visiones de la historia y los análisis académicos, pues un uso incorrecto y poco matizado de ésta puede dar lugar a simplificaciones o enfoques interesados del pasado, sustrayéndonos su verdadera complejidad y dejando acontecimientos singulares y decisivos en una especie de limbo entre dos periodos. Precisamente, lo que defendemos es que, más allá de la muerte de Adolf Hitler el 30 de abril de

1945 o la capitulación alemana ocho días posterior, para millones de europeos la guerra continuó en el más puro sentido de la palabra, prorrogándose durante varios años. Por la magnitud cualitativa y cuantitativa de la violencia de esta supuesta posguerra, por el número de personas afectadas como víctimas y perpetradores y por las extraordinarias implicaciones y consecuencias de estos movimientos de población forzosos creemos que se trata de cuestiones de primer orden y que, por tanto, precisan de un análisis detenido y cuidadoso por parte de la historiografía. En este sentido, es inexcusable tenerlos en cuenta a la hora de explicar el alcance de esa *guerra civil europea* y, dentro de ésta, del propio fascismo, especialmente el alemán, que condicionó por completo la historia del siglo XX en Europa, tal y como señalara en su momento Mark Mazower.<sup>9</sup>

#### 1. *INTER ARMA SILENT LEGES*. REFLEXIONES EN TORNO A LA VIOLENCIA DEL EJÉRCITO ROJO EN TERRITORIO ALEMÁN.

Como muchos de sus camaradas, tras penetrar por primera vez en las granjas y los pueblos alemanes de Prusia oriental, un soldado soviético reflexionaba con uno de sus superiores en torno a lo que estaban viviendo:

“¿Cómo debería uno tratarlos, camarada capitán? Simplemente piénselo. Ellos estaban bien acomodados, bien alimentados y tenían ganado, huertos y manzanos. Y nos invadieron... Por esto, camarada capitán, debemos estrangularlos”.<sup>10</sup>

<sup>7</sup> El propio Enzo Traverso se considera deudor de propuestas y trabajos que anteriormente apuntaron en una línea similar, como los de Mayer, A. J., *La Solution finale dans l'Histoire*. La Découverte, Paris, 1990 o Howard, M., “A Thirty Years War? The Two World Wars in Historical Perspective”, *Transactions of the Royal Historical Society*. Vol. III, 1993, 171-184.

<sup>8</sup> La cifra oficial y más precisa dada en 1967 por el Ministerio para los Expulsados, Refugiados y Víctimas de Guerra de la RFA es de 11.730.000 personas, a los que hay que sumar 2,8 millones más que emigraron voluntariamente o se vieron forzados a hacerlo entre 1950 y 1992. Véase un desglose en De Zayas, A.-M., *A Terrible Revenge. The Ethnic Cleansing of the East European Germans, 1944-1950*. New York, St. Martin's Press, 1994, 151-152. Merece la pena señalar la diferencia entre alemanes y *Volksdeutsche*. Mientras que en el caso de los primeros nos referimos a los ciudadanos del Reich anterior al *Anschlu* de 1938, los segundos serían miembros de diversas comunidades esparcidas por Europa –y más allá– cuya lengua y cultura tendrían unos orígenes alemanes más o menos antiguos pero que serían ciudadanos de otros países. *Volksdeutsche* sería el concepto utilizado por la intelectualidad y líderes políticos nacionalsocialistas para denominar a dichas comunidades durante los años 30 y 40. He decidido conservarla y utilizarla en este caso porque a mi parecer refleja bien la percepción –muy vinculada a lo étnico-racial, de ahí el sintagma *Volk*– que muchos contemporáneos tendrían de éstos y los propios *Volksdeutsche* de sí mismos.

<sup>9</sup> Véase Mazower, M., *Dark Continent. Europe's Twentieth Century*. Londres, Penguin Books, 1999.

<sup>10</sup> Cit. en Beevor, A., *Berlin: The Downfall 1945*. Londres, Penguin Books, 2003, 38.

Precisamente, algo que provocó un profundo desconcierto en los soldados soviéticos durante sus primeros contactos con territorio alemán propiamente dicho fue constatar las envidiables condiciones de vida de sus habitantes en comparación con las de sus familias y comunidades, agravadas en extremo por la ocupación alemana allá donde ésta se dio. La brutal violencia que los soldados soviéticos desplegaron contra la población alemana tuvo mucho de retribución y liberación de traumas reprimidos frente a los años de terrible impotencia causada por las constantes derrotas infligidas por el Ejército alemán y la muerte de millones de ciudadanos soviéticos, muchos de ellos familiares de esos mismos combatientes que pasaron a sangre y fuego las comunidades alemanas que encontraron a su paso. Por lo demás, salta a la vista que esta violencia indiscriminada del Ejército Rojo contra poblaciones civiles a menudo indefensas marcó a éstas de forma indiscriminada, culpabilizándolas de forma supraindividual a ojos de otras poblaciones autóctonas como los polacos y, más tarde, los checos, los rumanos o los húngaros al convertirlas en víctimas de una brutalidad sin límites.<sup>11</sup> Es evidente que las comunidades que vivían junto a los alemanes y *Volksdeutsche* tenían sus propias cuentas pendientes con sus vecinos, pero es importante no excluir un elemento de oportunismo en la violencia sufrida por muchos de ellos, igual que ocurriera durante la propia ocupación alemana. De algún modo, lo que pretendemos señalar es que fueron precisamente las condiciones de la guerra total y la violencia a menudo ilimitada del Ejército Rojo las que crearon el marco propiciatorio adecuado para la confluencia de muchas otras violencias incitadas por sus propias motivaciones y proyectos. Ponernos ante la emergencia y resolución de la “cuestión alemana” en Europa centro-oriental pasa por entender el clima apocalíptico de los últimos

meses de la guerra, donde las violencias se superponían y generaban el punto de encuentro para otras violencias, dando lugar a realidades notablemente caleidoscópicas donde confluyen un sin fin de casos particulares a nivel individual, local y regional. Así pues, si no había bastado con las propias políticas raciales del Tercer Reich, podría decirse que directa e indirectamente el *modus operandi* del Ejército Rojo marcó el camino para el inicio del fin de la presencia de los alemanes y *Volksdeutsche* más allá del Oder.<sup>12</sup>

Una interpretación a tener en cuenta para entender la violencia orgiástica del Ejército soviético contra la población alemana tendría que ver precisamente con la necesidad de reducirla a la más absoluta impotencia, de llevar a cabo un inmenso despliegue de poder sobre ellas capaz de reequilibrar el maltrecho equilibrio psíquico. En cierto modo, poca duda cabe, se trataría de una violencia catártica destinada a sobreponerse del trauma y, también, de la frustración sufrida a lo largo de los años anteriores de conflicto. A todo ello quizás cabría sumar el goce de un grado de libertad desconocido para muchos de los combatientes soviéticos, sometidos a la opresión y exigencias de las autoridades soviéticas y a la disciplina propia de la guerra, todo lo cual habría repercutido en contra de los civiles alemanes. De hecho, siguiendo el ejemplo alemán en la invasión y ocupación del territorio soviético el aparato propagandístico de Moscú se empleó a fondo en borrar la ya de por sí difusa línea que separaba el ámbito civil de lo militar, convirtiendo a todos los alemanes en un enemigo a batir. De algún modo, por seguir con la idea que venimos señalando podría decirse que la violencia soviética fundó una suerte de derecho consuetudinario basado en la acumulación de acciones violentas, hasta el punto que los individuos alemanes o

<sup>11</sup> Merece la pena destacar dos cuestiones de gran importancia: primero, que las poblaciones checas, polacas, húngaras, yugoslavas y rumanas no se libraron de los excesos del Ejército Rojo por el mero hecho de haber sufrido antes la ocupación alemana —muy especialmente las mujeres, botín de guerra por excelencia de las tropas de ocupación—, lo cual provocó airadas protestas por parte de las autoridades de dichos países; y, segundo, según ha señalado Taylor la violencia soviética estaría condicionada por diversos factores que no la convertirían en algo sistemático y homogéneo en el tiempo y el espacio. Así pues, todo parece indicar que por lo general no fue la primera oleada de tropas de élite del Ejército Rojo la que cometió un mayor número de desmanes, pues éstas estarían más concentradas en las exigencias propias del combate, sino la segunda y tercera, tropas de ocupación propiamente dichas y, por tanto, con mucho más tiempo para campar a sus anchas. Taylor, F., *Exorcising Hitler. The Occupation and Denazification of Germany*. Londres, Bloomsbury Publishing, 2012, 54-55.

<sup>12</sup> Dos estudios esenciales para comprender la importancia que tuvo la omnipresencia del Ejército Rojo en Europa centro-oriental en la inmediata posguerra son Faraldo, J. M<sup>a</sup>., *La Europa clandestina. Resistencia a las ocupaciones nazi y soviética, 1938-1948*. Madrid, Alianza Editorial, 2011 y Naimark, N., *The Russians in Germany: a History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*. Nueva York, Harvard University Press, 1995.

*Volksdeutsche* se convirtieron en una encarnación moderna del *Homo Sacer*.<sup>13</sup> Esta figura legal tan interesante, caracterizada por la sacralidad y la proscripción a un mismo tiempo, no haría sino demostrar la necesidad que se tiene de ella para la propia redención e identificación del *yo*, pues su sufrimiento favorece el reequilibrio natural y su sacrificio contribuye a poner a cero el reloj histórico-biológico de sujetos y colectivos, es decir, de la comunidad. Así pues, no es que la ley permaneciera al margen de todo aquello, sino que el problema es ciertamente más complejo: un nuevo código legal y unos nuevos valores emergieron al calor de las circunstancias y necesidades del momento. De esta forma, fue instaurado un estado de excepción permanente sobre las poblaciones alemanas y *Volksdeutsche*. Esto quedó bien expresado en el comunicado de la Administración Política Central del Ejército Rojo a las tropas poco antes de penetrar en Prusia Oriental:

“Sobre suelo alemán sólo hay un señor —el soldado soviético [...], él es tanto el juez como el ejecutor de la pena por los tormentos de sus padres y madres, por las ciudades y los pueblos destruidos [...].<sup>14</sup>”

Alemanes y *Volksdeutsche* vivieron el final de la guerra en un clima apocalíptico de absoluto terror, muchos debían tener la sensación de que el mundo estaba colapsando bajo sus pies, al igual que las poblaciones liberadas y los propios soldados soviéticos, que sintieron aquel momento como uno de absoluta cesura: «La guerra había enseñado a la gente que algunas soluciones podían ser radicales, y finales». <sup>15</sup> Sólo atendiendo a esas condiciones de crisis liminoide se explican trágicos episodios como el suicidio masivo de Demmin, en Pomerania, donde el 1 de mayo de 1945 un millar de refugiados y habitantes del pequeño pueblo, aterrorizados

por la propaganda nacionalsocialista y los relatos de los propios alemanes que huían procedentes del este, decidieron quitarse la vida al verse atrapados ante el avance del Ejército Rojo.<sup>16</sup> Sin embargo, este no es más que el paradigma de una letanía en los meses finales de la guerra y los inicios de la posguerra: decenas de miles de alemanes optaron por el suicidio. La experiencia directa de la guerra y la ocupación supuso para millones de alemanes y *Volksdeutsche* una violenta brecha en sus vidas, un cambio radical sin retorno que transformó su existencia en un sentido que nunca jamás habrían imaginado ni previsto, dejando en ellos un trauma indeleble. Precisamente por ello, muchos de los suicidios se corresponden con los casos de refugiados que desde principios de 1945 —en algunos casos antes—, procedentes de puntos tan distantes de la geografía europea como Budapest, Transilvania, los Países Bálticos, Silesia, Prusia oriental o Srijem en Croacia, huían del Ejército Rojo en evacuaciones improvisadas u organizadas por las autoridades del Reich. Las condiciones del tremendo éxodo que puso de camino a Alemania a millones de *Volksdeutsche* y alemanes fueron cuando menos penosas, hecho que se agravó por las condiciones climatológicas de un invierno extremadamente duro y largo. Los motivos que empujaron a decenas de miles de personas al suicidio fueron variados: desde la incapacidad de muchos para concebir un mundo más allá del nacionalsocialismo hasta el trauma que supuso para no pocos refugiados la certeza de que nunca podrían volver a sus casas, pasando por la edad —algunos eran demasiado ancianos para seguir adelante—, el miedo omnipresente a los soldados soviéticos y, en general, el trauma producido por toda una variedad de experiencias violentas, entre las cuales hay que destacar las violaciones masivas de mujeres.

<sup>13</sup> Figura del derecho romano, del latín “hombre sagrado” u “hombre maldito”. En virtud de ella, todo individuo que rompe el juramento con unas divinidades a las que invocó queda expulsado de la comunidad y queda expuesto a ser asesinado por cualquiera. Por lo demás, su muerte pasa a ser considerada un castigo divino y, por tanto, el perpetrador queda eximido de responsabilidad. En este sentido, seguimos las ideas propuestas en Agamben, G., *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-Textos, 2006, 107-108.

<sup>14</sup> Cit. en Naimark, N., *The Russians in Germany...* op. cit, 74.

<sup>15</sup> Lowe, K., *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2012, 227.

<sup>16</sup> La mayor parte de las estimaciones aportadas por los expertos en la materia coinciden en torno a esta cifra, que no es meramente aproximativa dado el caos que rodea todos los acontecimientos de los últimos meses del conflicto y el inicio de la posguerra. Véase Bauer, K., *Nationalsozialismus. Ursprünge, Anfänge, Aufstieg und Fall*. Viena-Colonia-Weimar, Böhlau Verlag, 2008, 533.

## 2. EL CUERPO FEMENINO COMO CAMPO DE BATALLA: IMPOTENCIA, RESTITUCIÓN, VENGANZA Y PODER.<sup>17</sup>

El grado cualitativo y cuantitativo de violencia sufrido por la mujer y la especificidad de ésta hacen necesario que analicemos de forma más detenida esta cuestión, lo cual no servirá para enlazar con otras cuestiones. Sabemos a ciencia cierta que al menos dos millones de alemanas y *Volksdeutsche* fueron forzadas a manos de combatientes del Ejército Rojo, en la mayor parte de las ocasiones varias veces en un mismo día, de forma colectiva y sistemática, incluso en días sucesivos, lo cual evidentemente no las libró de volver a ser violadas otra vez a manos de las poblaciones autóctonas liberadas por los soviéticos.<sup>18</sup> Un informe de la *Wehrmacht* sobre el comportamiento de las tropas del Ejército Rojo en territorio alemán fechado el 22 de febrero de 1945 señalaba cómo

“Declaraciones de testigos y otras fuentes atestiguan la constante sucesión de violaciones, normalmente bajo la influencia del alcohol. Niñas y mujeres de todas las edades, desde los ocho a los sesenta y ocho años, son violadas, algunas veces por hasta 24 oficiales y soldados del Ejército Rojo en una misma ocasión, muy comúnmente a punta de pistola. En muchas ocasiones, una violación múltiple es seguida por la muerte”.<sup>19</sup>

Desde luego, la particular saña de los perpetradores en estos casos tendría múltiples explicaciones. En un contexto de guerra total con un fuerte componente de violencia étnica, tal y como en el caso que nos ocupa, una violación siempre es

cometida por el perpetrador con la conciencia de que dejará una huella imborrable en su víctima, es decir, con el afán de perpetuar en el tiempo la sombra terrible del trauma sobre ésta marcando a fuego su memoria. A menudo, el fruto indeseado de los abusos sistemáticos se convertiría en el recuerdo cotidiano de la violencia y el trauma, de modo que los centenares de miles de niños y niñas nacidos de estas violaciones llegaron a convertirse en un motivo de vergüenza para las comunidades de posguerra, empujando a menudo a sus madres a los márgenes de la sociedad. Una vez más, el perpetrador actuaría a sabiendas del daño irreparable que estaría causando en su víctima, sobre todo en comunidades cerradas con una gran conciencia de sí mismas, unos códigos morales rígidos y un poderoso sentido del honor.<sup>20</sup> Sea como fuere, dentro de lo irreparable del hecho en sí, las condiciones de caos y movilidad propias de una posguerra como la alemana –situación extensible a gran parte de Europa central– hicieron que muchas de estas mujeres pudieran comenzar una nueva vida, sobre todo en el caso de las expulsadas de los territorios orientales, integradas ahora en nuevas comunidades.

Por lo demás, es imposible saber cuántas de ellas se quedaron en el camino a causa de los suicidios o de los abortos practicados sin las más mínimas garantías, ni tampoco cuantos niños fueron abandonados o simplemente asesinados al nacer por sus propias madres o las familias de éstas.<sup>21</sup> Así pues, complementando lo señalado hasta ahora es decisivo tener en cuenta que para muchos de los perpetradores las alemanas y *Volksdeutsche* pasaron a ser la encarnación de esa Alemania orgullosa y arrogante a cuyas políticas humillantes habrían

<sup>17</sup> La primera parte del epígrafe se inspira en el artículo de Brownmiller, S., “Making Female Bodies the Battlefield”, *Newsweek*, 4 de enero de 1994, 37.

<sup>18</sup> Los últimos estudios señalan una cifra de casi dos millones de mujeres violadas. Kossert, A., *Kalte Heimat. Die Geschichte der deutschen Vertriebenen nach 1945*. Berlín, Siedler Verlag, 2008, 40. En el ámbito de la cultura, en 2011 el director de cine polaco Wojciech Smarzowski abordó de forma cruda y valiente en su film *Róża* el problema de la expulsión de los alemanes de Prusia Oriental, un tabú hasta hacía no mucho tiempo entre los polacos. La protagonista de la película, una mujer de origen masuriano casada con un alemán –lo cual añade complejidad al caso–, sirve como paradigma de la tragedia de las mujeres durante la invasión soviética, la llegada de las nuevas autoridades polacas y la expulsión, donde las violaciones fueron una constante cuyas secuelas llevaron a muchas de ellas a la muerte a corto-medio plazo. Otra película de interés en el tratamiento de esta cuestión es Färberböck, M., *Anonyma. Eine Frau in Berlin* (2011).

<sup>19</sup> Cit. en De Zayas, A. M., *A Terrible Revenge...* op. cit., 44.

<sup>20</sup> Esto es algo que fue bien analizado para el caso de Bosnia en Stiglmayer, A. (eds.), *Mass Rape: the War against Women in Bosnia-Herzegovina*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1994, especialmente 198. Los autores sostienen que la violación constituyó un arma de limpieza étnica en sí misma contra las comunidades musulmanas, pues en muchas ocasiones las fracturaba desde dentro al suponer el repudio de las mujeres que la habían sufrido.

<sup>21</sup> Muchas de estas cuestiones están por estudiar en el caso concreto que nos ocupa, pero el conocimiento de otros casos nos permite establecer hipótesis.

estado sometidos durante años. Inevitablemente, esta circunstancia las convirtió muy a menudo en uno de los botines más anhelados por los nuevos amos, ya fueran soldados soviéticos o milicianos polacos, quienes reafirmarían sobre los cuerpos ultrajados de estas mujeres su maltrecha masculinidad, puesta en duda por los años de impotencia a causa de la ocupación y la guerra. Esto quedaría bien reflejado en el testimonio de la señora K. Z., miembro de la comunidad de *Donauschwabern* de Yugoslavia, sobre la llegada de las tropas soviéticas y los partisanos yugoslavos a su comunidad, Werbass (hoy Vrbas, en la Ba ka, Vojvodina):<sup>22</sup>

“Los partisanos y soldados fueron de casa en casa cogiendo todo lo que les venía en gana. Irrumpieron en las casas en plena noche y mujeres y niñas fueron violadas. Los soldados no se preocupaban por la edad; [...]. Johanna Burbach, una niña de 15 años a quien yo conocía personalmente bastante bien fue violada en frente de sus impotentes padres. Después quedó embarazada y dio a luz el niño”.<sup>23</sup>

De ahí que Norman Naimark considere que «la limpieza étnica es misógina en sí misma»,<sup>24</sup> pues además de lo ya señalado, este tipo de violencia contra la mujer no sólo buscaría quebrar su orgullo racial, sino a través de ella, atacar a las comunidades en el centro mismo de su código de valores y sus marcos de referencia. En este sentido, poca duda cabe que las violaciones tendrían un valor retributivo sobre el orgullo y la dignidad heridos tanto a nivel individual como colectivo en tanto que venganza por excelencia y, en cierto modo, forma de poder absoluto sobre el otro, de ahí que en muchas ocasiones fueran llevadas a cabo de forma abierta y comunitaria, adoptando una dimensión casi ritual de catarsis.

Así pues, el único momento en que la venganza alcanza su consumación, se alcanza la satisfacción moral del individuo y se reequilibra el orden del universo es cuando se infringe un dolor similar, equiparable al que la antigua víctima cree o siente que ha sufrido en carne propia, reduciendo al que se observa como antiguo perpetrador u opresor a la más absoluta impotencia. Sólo dentro de

este marco interpretativo puede entenderse el fenómeno de la violencia contra las comunidades alemanas y *Volksdeutsche*. Por lo demás, enlazando con el tema de las expulsiones propiamente dichas es necesario observar hasta qué punto confluyeron diversos intereses y motivaciones en el desarrollo de éstas y, más concretamente, en la violencia sufrida por las mujeres. Sin ir más lejos, las primeras columnas no reguladas de expulsados que siguieron a la llegada de las nuevas autoridades solían ser asaltadas por fuerzas regulares o irregulares, muchas veces particulares armados en busca de mano de obra esclava para poner en marcha las granjas expropiadas a los alemanes. De algún modo, estas arbitrariedades tenían por objeto refundar el orden social en base al establecimiento de unas nuevas jerarquías sociales, y el despliegue de poder inherente a ellas simbolizaría una toma de posesión de la tierra y los recursos por parte de sus nuevos moradores, ya fueran checos, polacos, serbios, húngaros o rumanos. Las jóvenes alemanas y *Volksdeutsche* eran particularmente codiciadas, porque además de constituir una mano de obra sana y capaz podían ser convertidas en esclavas sexuales a disposición de los nuevos señores, al menos mientras durara el estado de excepción permanente instaurado por el caos del fin de la guerra.

Por tanto, a la cosificación de la mujer como objeto sexual se unió el desgarramiento de familias enteras, aumentando sobremanera el grado de exposición de sus miembros, desprovistos ahora de cualquier red de solidaridad a la que aferrarse. En este sentido, antes de pasar al siguiente epígrafe cabe señalar que también fueron los soviéticos los que marcaron el camino a seguir en esta práctica, quienes pasaron su particular peaje sobre las poblaciones alemanas y *Volksdeutsche*. El envío de mano de obra esclava a la Unión Soviética para llevar a cabo tareas de reconstrucción y reactivación económica estuvo a la orden del día desde el mismo momento en que el Ejército Rojo penetró en Europa centro-oriental, si bien en este caso el objetivo preferente eran los hombres: 520.000 alemanes fueron deportados, al igual que otras 287.000 personas de diferentes nacionalidades, dejando un balance aproximado de 185.000 muertos en el caso de los prime-

<sup>22</sup> Los *Donauschwabern* eran una comunidad de *Volksdeutsche* que vivía a lo largo de los márgenes del Danubio húngaro.

<sup>23</sup> De Zayas, A.-M., *Terrible Revenge...* op. cit., 95-96.

<sup>24</sup> Naimark, N., *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*. Cambridge, Harvard University Press, 2001, 195.

ros.<sup>25</sup> A las elevadas tasas de mortalidad producidas por el trato brutal dispensado a los deportados se sumó el trauma que supuso para los que regresaron vivos encontrarse con que sus comunidades habían desaparecido. Josef Weber, miembro de la comunidad de *Volksdeutsche* de los *Banater Schwaben* de Rumanía, recordaba cómo tras ser enviado a Berlín en 1950 después de varios años de trabajos forzados en Rusia «todo lo que quería era volver a casa a mi Banato». Sin embargo, las secuelas de su cautiverio en Rusia lo llevaron de hospital en hospital durante dos años, de modo que

“Cuando estuve finalmente curado en 1952, recibí las noticias de que las autoridades rumanas habían evacuado a los habitantes alemanes de mi pueblo cerca de la frontera entre Rumanía y Yugoslavia, junto con otros 50.000 alemanes. Fueron reubicados en las estepas del Danubio a principios del invierno, bajo el cielo abierto, ¡sin techo sobre sus cabezas! Mis ancianos padres murieron allí en dos semanas. En consecuencia, ya no quedaba ninguno de mis familiares en mi tierra”.<sup>26</sup>

Así pues, muchos de los que sobrevivieron a la guerra, las violaciones, las deportaciones y las expulsiones quedaron solos en el mundo, desprovistos de cualquier punto de amarre conocido con la realidad. Como señala Andrew Demshuk, la verdadera patria de los alemanes y *Volksdeutsche* expulsados cobraba razón de ser a través de sus lugares de origen –la *Heimat*, tal y como la denominaban ellos–, lo cual hizo que a menudo se sintieran extraños en sus nuevos destinos en la

Alemania de posguerra, donde muchas veces fueron percibidos y tratados como intrusos, lo cual tiene cierto sentido en medio de unas condiciones de extrema necesidad como las que se daban al término del conflicto.<sup>27</sup> Esta circunstancia llevó a no pocos a continuar su camino con destino a los Estados Unidos, Canadá o Australia, con el único fin de poder empezar realmente de cero.

### 3. UN CARNAVAL MONSTRUOSO: LA COMPLEJA REALIDAD DE LAS EXPULSIONES.

Las escenas vividas durante la liberación en las capitales y ciudades de todo el continente se repiten con notable similitud, dando rienda suelta a una auténtica fiesta popular marcada por la liberación de traumas reprimidos y el deleite experimentado ante el patetismo del cuerpo humillado del enemigo. En palabras de Traverso, quien trae a colación la metáfora que sirve de título a este epígrafe, se trata de la «embriaguez del exceso, en la cual se unen la máxima generosidad y la máxima crueldad, un sentimiento de fraternidad y un sentimiento de venganza, la alegría de la fiesta popular y las pulsiones sádicas de la matanza».<sup>28</sup> Estas reflexiones definen bastante bien lo ocurrido durante el levantamiento de la población checa de Praga la tarde del 5 de mayo de 1945, que ante la cercanía de las tropas aliadas se enfrentó por el poder con los ocupantes alemanes, sumiendo la ciudad en una orgía de violencia durante tres días enteros. De algún modo, podría decirse que en ese intervalo de tiempo la sensación de temor y el éxtasis se apoderó de los checos de la capital, sobre todo porque

<sup>25</sup> Snyder, T., *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011, 376-377. La cuestión ha sido abordada en el ámbito de la literatura de forma magistral por la autora Herta Müller, nacida en 1953 en Nitzkydorf (Ni chidorf), en el seno de una comunidad de Banater Schwaben. Véase su obra *Atemschaukel*. Munich, Carl Hanser Verlag, 2009 [ed. cast.: *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*. Madrid, Siruela, 2010].

<sup>26</sup> Cit. en *ibid.*, 118-119. El testimonio se refiere a las campañas de reasentamiento que se llevaron a cabo dentro de las políticas de colectivización de la economía en Rumanía, las cuales llevaron entre 1951 y 1952 a la deportación de miembros “indeseables” y “subversivos” de la sociedad al desierto de Bărăgan para potenciar aquella desolada región. Entre ellos había 40.000 *Banater Schwaben*, comunidad que en 1930 contaba con 275.369 miembros y que ya se había visto reducida notablemente a causa de la guerra. La campaña fue tan absolutamente desastrosa que se paralizó en 1955, pero para entonces el daño era irreparable. Véase Wien, M., “The Germans in Romania: the Ambiguous Fate of a Minority”, en Prauser, S. y Rees, A. (eds.), *The Expulsion of the ‘German’ Communities from Eastern Europe at the End of the Second World War*. Florencia, EUI Working Paper, 2004, 59-69, especialmente 66.

<sup>27</sup> Demshuk, A., *The Lost German East. Forced Migration and the Politics of Memory, 1945-1970*. Nueva York, Cambridge University Press, 2012, un estudio esencial para acercarse a las complejidades del trauma de los expulsados. La tesis central de la obra sostiene que los refugiados se sobrepusieron a la pérdida por medio de la constatación de una *Heimat* transformada y destruida, es decir, físicamente irrecuperable y a través de la preservación y construcción de una *Heimat* de la memoria, un recuerdo idílico del mundo de ayer convertido en refugio.

<sup>28</sup> Brossat, A., *Les Tondues. Un Carnaval moche*. Manya, París, 1993 y Traverso, E., *A sangre y fuego...* op. cit., 80.



una dura respuesta armada desde el exterior por parte de la *Wehrmacht* y las *Waffen-SS* era todavía posible, con lo cual muchos individuos parecían actuar como si no hubiera un mañana.

Sigue siendo difícil acercarse a estos sucesos que, como tantos otros de la época en otros contextos europeos, aparecen dominados por la mitología nacionalista, en este caso la checa como una expresión natural de la voluntad y el valor del pueblo. Sin embargo, como ocurriría en otros muchos casos con menos eco, lo cierto es que fueron los paramilitares de la *Revolu ni Garda* [Guardia Revolucionaria] quienes pusieron en marcha aquél ciclo de violencia colectiva y crearon el marco propiciatorio para que la población checa saliera a las calles para anticiparse a una posible respuesta alemana y, al mismo tiempo, resarcirse por los años de impotencia sufrida. La consigna estaba clara: «¡Mata a los alemanes allá donde los encuentres!», balbuceaba la emisora Radio Praga 2 capturada por los paramilitares checos.<sup>29</sup> Guiados por el impulso de la *Revolu ni Garda*, muchos civiles checos parecieron actuar en base a los impulsos más atávicos, sumidos en una especie de estado de trance donde la población alemana y *Volksdeutsche* de la ciudad se convirtió en el chivo expiatorio perfecto, todo ello en un auténtico ejercicio de expiación y reafirmación del maltrecho ego nacional.<sup>30</sup> mujeres rapadas, violaciones, antorchas humanas, torturas, mutilaciones, fusilamientos sumarásimos, ahorcamientos o suicidios son algunos de los componentes de ese gigantesco fresco de la violencia. La idea más primitiva de justicia se dio cita en las calles de Praga, justicia en la cual cada individuo confluía con su propio bagaje experiencial y sus motivaciones y que, por lo demás, se

implementaba con un grado de dispersión y cercanía extremos facilitados por la entrega pública de armas.<sup>31</sup> Todo parece indicar que entre 24.000 y 40.000 alemanes murieron por causas violentas en medio del caos de la Checoslovaquia de principios de la posguerra, más de mil de ellos en el curso del levantamiento de Praga.<sup>32</sup> Una muestra de la brutalidad desplegada contra alemanes y *Volksdeutsche* nos la proporciona un testigo checo, miembro de uno de los muchos grupos paramilitares que surgieron al calor de la liberación:

“En un pueblo, los civiles arrastraron un alemán fuera, en mitad de la calle y le prendieron fuego. Desde aquel día estoy completamente sobrecogido por esta experiencia. No pude hacer nada, porque si lo hubiera hecho, habría sido atacado después. La muchedumbre era fanática. El hombre ardió durante media hora. Entonces un soldado del Ejército Rojo se acercó y le disparó”.<sup>33</sup>

Sea como fuere, estas estampas se repitieron en diferentes grados y formas desde el Báltico al Banato, pasando por ciudades como Brünn [Brno] o Breslau [Wrocław], donde la fragmentación absoluta del monopolio de la violencia hizo que diferentes grupos e individuos se convirtieran en intérpretes de las circunstancias, las necesidades colectivas y la justicia, actuando por su propia cuenta y sumiendo vastos espacios de frontera en un auténtico clima de guerra civil.

Por lo general, la llegada del Ejército Rojo venía acompañada o era sucedida en cada territorio por la de las nuevas autoridades provisionales de los estados liberados, de modo que había mucho de improvisación en la puesta en marcha del nuevo aparato estatal, todavía en proceso de definición y

<sup>29</sup> Glasheim, E., “The Mechanics of Ethnic Cleansing: The Expulsion of Germans from Czechoslovakia, 1945-1947”, en Ther, P. y Siljak, A., *Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-1948*. Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 2001, 206.

<sup>30</sup> Los cálculos oficiales del Ministerio Federal de Personas Desplazadas, Refugiados y Víctimas de Guerra unos 42.000 *Volksdeutsche*, nacidos en la ciudad residían en Praga en aquel momento, a los cuales habría que sumar otros 200.000 alemanes, muchos de ellos refugiados procedentes de Silesia y los Sudetes que habían huido del avance del Ejército Rojo. Véase Schell, M., *Ein Tagebuch aus Prag, 1945-1946, Beiheft II, Dokumente der Vertreibung der Deutschen aus Ost Mitteleuropa*. Kassel, Bundesministerium für Vertriebene, Flüchtlinge und Kriegsgeschädigte, 1957, 9.

<sup>31</sup> Los paramilitares repartieron armas desde un punto estratégico de la ciudad como es la estación de tren de Bubny. Para una descripción de los hechos véase MacDonough, G., *Después del Reich. Crimen y castigo en la posguerra alemana*. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2010 [2007], 213-221.

<sup>32</sup> *Foreign Relations of the United States*, 1945, vol. II, pp. 1291-1292. Disponible desde Internet en: <http://digioll.library.wisc.edu/cgi-bin/FRUS/FRUS-idx?type=simple&submit=Search&rgn=Entire%20work&q1=Czechoslovakia&amt=3900&size=more> [con acceso el 4-2-2013].

<sup>33</sup> Cit. en Knopp, G., *Die grosse Flucht. Das Schicksal der Vertriebenen*. Munich, Econ Verlag, 2001, 393. Merece la pena tener en cuenta el documental homónimo emitido por la ZDF ese mismo año con abundantes testimonios y material gráfico.

construcción. Si bien es cierto que un número significativo de polacos y checos, por citar los casos paradigmáticos, se beneficiaron del despojo y expulsión de las poblaciones alemanas y las comunidades de *Volksdeutsche*, no lo es menos que las particulares circunstancias de la posguerra y de las primeras e irregulares *expulsiones salvajes* llevaron al enriquecimiento de muchos individuos corruptos situados en posiciones intermedias. En cierto modo, esta última circunstancia es una de las causas fundamentales por las que el estado llevó a cabo una regularización y normalización de las expulsiones, centralizando el proceso en la medida de sus posibilidades. A la altura de 1947, las poblaciones expulsadas de Checoslovaquia hicieron una estimación de 19.440 millones de dólares de pérdidas en bienes sustraídos durante los dos años anteriores.<sup>34</sup>

Sin embargo, antes de que los aliados acordaran legalmente en la Conferencia de Potsdam la expulsión «ordenada y humana» de las poblaciones de alemanes y *Volksdeutsche* de Polonia, Checoslovaquia y Hungría y de que los gobiernos de dichos países tomaran cartas en el asunto, millones de ellos habrían de sufrir un auténtico calvario. Sin ir más lejos, algo que a menudo se olvida es que la liberación a menudo vino acompañada por la reutilización y continuidad de determinados espacios concentracionarios como Auschwitz, Theresienstadt, Zgoda o Lamsdorf. Allí, fueron forzadas a trabajar como mano de obra esclava e internadas en condiciones infrahumanas una parte sustancial de las poblaciones alemanas y *Volksdeutsche* de Polonia y Checoslovaquia antes de ser expulsadas definitivamente. Dicha circunstancia vino favorecida por la necesidad pura y simple de aprovechar la infraestructura previa y, además, por la voluntad consciente y catártica de las víctimas del nacionalsocialismo de desatar contra sus antiguos perpetradores la pesadilla a la que éstos mismos habían dado vida. En ocasiones, sorprende la simetría en lo referido a los métodos empleados en los nuevos campos, lo cual se explica por el hecho de que no pocas veces las antiguas víctimas de esos campos eran puestas al mando de los nuevos internados, aunque la mayor

parte de las veces eran las milicias checas y polacas las que quedaban al cargo. Sin ir más lejos, el director del campo de Zgoda, Salomon Morel, señalaba a los recién llegados que él «les mostraría el significado de Auschwitz», o les decía que «Los alemanes asfixiaron con gas a mis padres y hermanos en Auschwitz, y yo no descansaré hasta que todos los alemanes hayan tenido su justo castigo.»<sup>35</sup> Por lo general, en estos campos de concentración se fomentaron de forma deliberada unas condiciones de vida y trabajo insoportables, dando como resultado unas tasas de mortalidad altísimas. En el caso de Zgoda casi uno de cada tres de los 6.000 alemanes que pasaron por allí en el curso de unos pocos meses murieron. Por diferentes vías, los Estados Unidos reunieron una gran cantidad de informes detallados sobre la situación en aquellos campos checos y polacos, como se puede ver en el siguiente texto fechado el 28 de agosto de 1945:

“En Y, Alta Silesia, se ha montado un campo de evacuación que alberga en la actualidad a 1.000 personas... Una gran parte de ellos sufren síntomas de inanición; hay casos de tuberculosis y siempre nuevos casos de fiebre tifoidea... Se han encargado de dos personas gravemente enfermas de sífilis de un modo muy sencillo: se les pegó un tiro...”<sup>36</sup>

Sea como fuere, hay que evitar la tentación de llevar a cabo símiles entre la maquinaria industrial de muerte puesta en marcha por el nacionalsocialismo contra judíos, gitanos y eslavos para la construcción y purificación de la *Volksgemeinschaft* y el tratamiento dado a alemanes y *Volksdeutsche* por parte del estado polaco y checoslovaco. No sólo hay una diferencia clara en lo referido a la intencionalidad última de ambos procesos, ya que la voluntad de los segundos nunca fue más allá del deseo de garantizar la seguridad interna y consolidar las fronteras de sus respectivos Estados, sino que además, en el segundo caso los sucesos vinieron motivados por una liberación de traumas reprimidos a nivel individual y colectivo tras varios años de ocupación alemana.<sup>37</sup> Sin embargo, es cierto que la expulsión de estas poblaciones generó el marco propiciatorio

<sup>34</sup> MacDonough, G., *Después del Reich...* op. cit., 212.

<sup>35</sup> Lowe, K., *Continente salvaje...* op. cit., 168.

<sup>36</sup> De Zayas, A.-M., *A Terrible Revenge...* op. cit., 94.

<sup>37</sup> Hasta qué punto se trataba de una cuestión de seguridad interna lo vemos en las declaraciones del propio ministro de Defensa checoslovaco, Ludvík Svoboda: «Es necesario que nos ocupemos de la quinta columna de una vez por todas». Taylor, F., *Exorcising Hitler...* op. cit., 74.

para la emergencia de comportamientos claramente genocidas localizados en *tempos* y espacios reducidos e impulsados por parte de individuos concretos, algo que escapaba al control de unos estados que todavía estaban consolidando su autoridad. En cualquier caso, el crédito dado a las comparaciones entre los métodos alemanes y los checos o polacos sólo puede contribuir a obviar la responsabilidad de los primeros en todo lo ocurrido tras la liberación, sepultando una violencia bajo la otra o, si se prefiere, la condición de perpetrador o connivente bajo la de víctima.

Por lo demás, habría que empezar a relativizar el supuesto grado de espontaneidad que muchos autores han querido ver en la expulsión de los alemanes y *Volksdeutsche* de Polonia y Checoslovaquia, una ola a la que contribuyeron y se subieron de forma activa las nuevas autoridades políticas, anticipándose a la legitimación irrevocable que supuso la Declaración de Postdam.<sup>38</sup> Es cierto que la población pareció actuar movida por la clara voluntad de hacer efectiva la toma de posesión de su recién recuperada soberanía y la transformación definitiva de la realidad haciendo irreversible el fin de la presencia alemana en sus fronteras, en el caso de la checa muy condicionada por la traumática experiencia de haber vivido la implosión del estado desde dentro a causa de las minorías. Se trataba de actuar antes de que cualquier estado u organismo internacional ajeno al problema tratara de imponer su criterio, y en este sentido creemos que una cuestión central en la reconstrucción de las sociedades centroeuropeas de posguerra no podía ser dejada en manos de la espontaneidad y el azar. De otro modo, no tendrían sentido los altos grados de organización y movilización dentro del caos de la posguerra. No avanzaremos más en nuestro conocimiento de estos traumáticos sucesos hasta que no se realicen estudios más detallados y complejos a nivel local y regional, investigaciones que nos revelen la intrincada red de motivaciones e intereses que llevó a la confluencia de miles de individuos en la práctica de la limpieza étnica. A estas alturas sabemos muchas cosas cruciales para comprender la dinámica seguida por las

expulsiones, como el hecho de que algunas de las regulaciones puestas en marcha por el poder central para tomar el control sobre éstas y garantizar unas mejores condiciones a los afectados eran desoídas a menudo por las autoridades regionales y locales a cargo del problema en función de sus propias necesidades. Sin ir más lejos, a pesar de que se intentó poner freno durante las épocas más frías a las expulsiones de niños, ancianos y embarazadas para evitar muertes innecesarias, lo cierto es que muchas veces eran las primeras poblaciones en ser expulsadas, ya que en los *Territorios Recuperados* se precisaban individuos jóvenes en edad de trabajar para reactivar la economía.

En este sentido, Potsdam no hizo sino legitimar *de iure* el tratamiento especial dado a las minorías alemanas y *Volksdeutsche* de toda Europa centro-oriental, más allá de los casos reconocidos y legislados de Checoslovaquia, Hungría y Polonia. De algún modo, el “problema alemán” dejó de ser una mera cuestión coyuntural guiada o movida por el ansia de retribución tras la guerra para pasar a convertirse en una cuestión de estado. De hecho, la puesta en marcha de las cláusulas de Potsdam para la “transferencia” y “reubicación” de casi 12 millones de alemanes y *Volksdeutsche* en un continente absolutamente devastado no hizo sino poner de manifiesto los graves problemas y deficiencias de la coordinación interaliada en una cuestión que requería una programación minuciosa, lo cual sometió a centenares de miles de personas a un sufrimiento verdaderamente atroz.<sup>39</sup> Así pues, nos encontramos con que, a menudo, columnas irregulares de refugiados forzados a marchar a pie y trenes cargados de mujeres, niños y ancianos por unas autoridades polacas ansiosas por deshacerse de ellos eran retenidos en la frontera por sus homólogos soviéticos, completamente desbordados en su zona de ocupación. La triste realidad nos dice que muchos de ellos se vieron condenados a morir por las inclemencias del tiempo y el hambre sepultados en vagones precintados y mal aislados durante a veces tres semanas; por su parte, muchos de los que

<sup>38</sup> Gomułka, Secretario General del Partido Comunista Polaco, y sus camaradas de partido trataron de capitalizar al máximo la expulsión de los alemanes y *Volksdeutschen* como medio para la construcción de la nueva sociedad comunista y la adhesión de los polacos a ésta, señalando que esta política «ataría a la nación al sistema» neutralizando el potencial subversivo del nacionalismo. En este sentido, salta a la vista que el tratamiento del “problema alemán” fue clave en la lucha por el poder. Snyder, T., *Tierras de sangre...* op. cit., 384-385.

<sup>39</sup> Se desconoce la cifra de muertos durante el periodo de las expulsiones, pero con toda seguridad ascienda a varios centenares de miles. El gobierno alemán y las diferentes *Landsmannschaft*, asociaciones de refugiados dedicadas a diferentes territorios, sostienen cifras un tanto exageradas de hasta dos millones. De Zayas, A.-M., *A Terrible Revenge...* op. cit., 156.

llegaban a pie vagabundeaban durante días desde Stettin [hoy Szczecin] a Görlitz [Zgorzelec, en la parte polaca al otro lado del río Neisse] a la espera de la autorización para cruzar la frontera y empezar una nueva vida en el Reich.<sup>40</sup>

#### A MODO DE EPÍLOGO: UNA COMPARACIÓN ENTRE AMBAS POSGUERRAS.

De algún modo, la reticencia más evidente que podría oponerse al enfoque que proponíamos al inicio de este artículo es que estas transferencias forzadas de población, entre otros muchos fenómenos, formarían parte del nuevo equilibrio de poderes surgido del colapso del Tercer Reich y las políticas de la Unión Soviética para consolidar y estabilizar su esfera de influencia en Europa como nueva superpotencia. Si bien esto último es cierto, dicha objeción por sí sola limita la posibilidad de una explicación compleja y satisfactoria de unos sucesos profundamente violentos y proteicos, determinantes en los orígenes o refundación de buena parte de los países y sociedades de la Europa centro-oriental –razón de más para que muchas veces hayan quedado en ese limbo del que hablábamos más arriba–. Por lo tanto, desde nuestro punto de vista cabría hablar cuanto menos de un periodo de transición entre 1945 y 1948/50 que abriría paso a la guerra fría en Europa pero que, por lo demás, estaría plenamente caracterizado por dinámicas alumbradas en las décadas inmediatamente anteriores.<sup>41</sup> En nuestro caso, nos apoyamos en las sorprendentes similitudes que encontramos entre la primera y la segunda posguerras europeas, pues en ambos casos se constata la dilatación del estado de guerra en determinados espacios geográficos y sobre ciertas comunidades humanas, con claras y

variadas implicaciones a nivel continental. Tanto en el primer momento como en el segundo, la violencia ocupó un lugar central en la vida cotidiana de muchas regiones durante años y con diversos grados de intensidad: paramilitarismo, violaciones, segregación étnica o destrucción de patrimonio histórico-cultural centenario fueron algunas de sus manifestaciones, tal y como hemos tratado de demostrar. Así pues, la violencia se convirtió en un instrumento esencial para la redefinición radical de las realidades étnicas y territoriales de diversas regiones europeas, la construcción y consolidación de los nuevos estados y, al mismo tiempo, de sus respectivas comunidades nacionales.<sup>42</sup> No obstante, hay una diferencia básica entre ambos momentos marcada por la omnipresencia del Ejército Rojo en el segundo de ellos, actor que condicionó decisivamente la dirección e intensidad de la violencia, pues mayoritariamente sólo discurrió en una dirección, situando como víctimas a las poblaciones alemanas y *Volksdeutsche*. Esta posición de las fuerzas soviéticas hizo imposibles las situaciones de conflicto abierto en cierta igualdad de condiciones, como las que sí se habían dado menos de treinta años antes en zonas interétnicas como la Alta Silesia, al dejar a dichas poblaciones “desarmadas” y sin ningún apoyo externo –algo a lo que sin duda contribuyeron las condiciones en que se produjo la derrota total de Alemania en la guerra–.<sup>43</sup> Por tanto, estas comunidades a menudo centenarias quedaron completamente expuestas e indefensas frente a las políticas y necesidades de los nuevos estados y de toda una multiplicidad de actores que, con distintas motivaciones, emergieron en el caos y las oportunidades brindadas por los momentos iniciales de la posguerra.

<sup>40</sup> Véase Lowe, K., *Continente salvaje...* op. cit., 277-286.

<sup>41</sup> Ya apuntábamos ideas similares en una visión más amplia sobre el fenómeno, véase Alegre Lorenz, D., “De Versalles a Potsdam. Un intento de aproximación a la expulsión y éxodo de los *Volksdeutsche* de Europa centro-oriental (1919-1948)”, en Aldea Celada, J. M. et. al., *Historia, identidad y alteridad. Actas del III Congreso Interdisciplinar de Jóvenes Historiadores*. Salamanca, AJHIS, 2012, 1243-1267.

<sup>42</sup> En este sentido véanse los últimos y más renovadores enfoques en torno a la primera posguerra mundial en Europa en Gerwarth, R. y Horne J., “Paramilitarism in Europe after the Great War: An Introduction”, en id. (eds.), *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*. Oxford, Oxford University Press, 2012. Toda la obra en su conjunto es de gran interés, especialmente la idea expresada por los coordinadores, según la cual el estado de guerra abierto en 1914 se cerraría en 1923-24 con la firma del Tratado de Lausanne y el fin de la guerra civil irlandesa. Agradezco a mi compañero Miguel Alonso Ibarra por esta referencia.

<sup>43</sup> Con gran profusión de fuentes archivísticas Prazmowska defiende que el tratamiento y la expulsión de las minorías alemana, ucraniana y judía –lo que quedaba de ella– en Polonia durante la segunda posguerra mundial vino marcada por una clara situación de guerra civil, una idea que nosotros defendemos. Prazmowska, A. J., *Civil War in Poland, 1942-1948*. New York, Palgrave McMillan, 2004.